



Edita:

Instituto de Estudios e Investigación de Los Monegros

Avda. Fraga, s/n 22200 Sariñena

E- mail: [ieim@monegros.net](mailto:ieim@monegros.net)

Depósito legal: HU 190- 2018

Imagen portada: Real Monasterio de Sijena

Fotografía: Isaías Fernández

Web relatos cortos:

[www.losmonegros.com/sitios/relatos](http://www.losmonegros.com/sitios/relatos)

Componentes del jurado:

- Jesús Brau Grasa
- José Ángel Sánchez Ibáñez
- Miguel Ángel Ordovás Mateo
- Óscar Sipán Sanz
- Cristina Grande Marcellán
- Isaías Fernández Guijarro (secretario)

# Presentación

Al celebrar este año el 20 aniversario del Certamen de Relato Corto “Tierra de Monegros” es justo reconocer el trabajo previo que se ha realizado a lo largo de dos décadas de historia por todos aquellos responsables políticos del área comarcal de Cultura que me han precedido, así como por los miembros del jurado y por todas las personas que han participado en el concurso.

Durante estos 20 años hemos recibido en torno a los diez mil relatos procedentes de los cinco continentes. Algunos autores eran desconocidos hasta que su nombre formó parte del elenco de laureados en este certamen, otros ya eran consagrados en el mundo de las letras.

Todos tienen en común el haber contribuido a consolidar una iniciativa cultural que ha llevado el nombre de nuestra comarca por todo el mundo. Una promoción ligada a la literatura y a la cultura que hay que continuar. Este es el compromiso que adquirimos y que queremos seguir potenciando, acercando la cultura a todos los rincones de Los Monegros.

Para ello, y coincidiendo con la efeméride, estamos trabajando con colegios, institutos, bibliotecas, clubes de lectura, educación de adultos, asociaciones culturales y con todas aquellas entidades que quieran unirse al objetivo común de divulgar la filosofía del “Tierra de Monegros”, para abrirlo a nuestro territorio, mediante propuestas de proximidad que esperamos hayan logrado enriquecer y dar la mano a una ya consolidada internacionalización del certamen. Lo local y lo global se complementan en una serie de acciones que han comenzado este año y esperamos tengan continuidad.

El “Tierra de Monegros” contribuye a poner nuestra comarca en el mapa de la cultura internacional y nosotros queremos que, a su vez, sirva de canal para extender el poder de la cultura, de la palabra, del lenguaje y de la literatura. Que la publicación de este libro, que

recoge los relatos ganadores de los últimos diez años del “Tierra de Monegros”, sirva para incidir en esta meta y para seguir recorriendo juntos caminos de horizontes infinitos.

***Rafael Uriol Ardanuy***

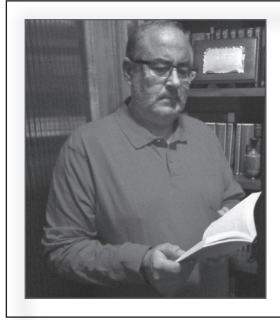
Consejero Comarcal de Educación y Cultura

**XX** Certamen  
de Relato  
Corto 2018

**1.<sup>er</sup> Premio**

**Ballenas en el  
Manzanares**

Agustín García Aguado



## **Agustín García Aguado**

Agustín García Aguado nació en Madrid en 1961. Cursó estudios de Sociología en la UCM. Ha desempeñado su labor profesional en el sector del transporte urgente y la logística. En marzo de 2018 publicó su primer libro de relatos, con la editorial ACEN: “La ternura de las bestias”.

Ganador de varios certámenes de relatos: Pluma de Oro de relatos en 1994, Alcorcón. Primer Premio relato breve “Casa de Aragón en Madrid”, 2018. Primer Premio “Plazuela de los Carros” de relato, en 2018. Primer Premio “Ulises” de relatos de Viso del Alcor, 2018. Segundo Premio Sant Jordi de relato breve de Mollet del Vallés, 2018. Finalista en 2017 en el Concurso de Cuentos Ciudad de Martos. Asimismo, ha sido finalista en otra media docena de concursos literarios. Actualmente se halla preparando un segundo libro de relatos cortos que pretenden ser un homenaje a Raymond Carver, uno de sus autores de cabecera.

Me dice la Conchi que me compre una faja, que mi tripa va a reventar como un morcón cualquier día, pero yo prefiero andarme como la gente sin complejos, atropellando al prójimo con mi humanidad o allanando los asientos ajenos en el metro. Soy todo naturaleza, le contesto, cuando me pone caras y me tiende como todas las noches un platito de acelgas para cenar. Ni que fuera un rumiante para comer forraje, protesto. Claro que ella es la hermana perfecta, sesenta y un kilos, tetas que desafían a la gravedad, mirada de francotiradora, nómina de funcionaria del Cuerpo Superior y con un novio Made In Norway, hermético y rubio, que parece un vikingo remando en los fiordos cada vez que vamos a tapear por el Madrid de los Austrias. Reconozco que, a veces, eso de meterme en un garito para degustar pinchos ilustrados y canapés microscópicos me acarrea más de un problema. Siempre hay alguien a mi lado que rebota contra mi trasero entre tantos apretujones para ganar la barra, y ese alguien, por lo general, es un petimetre aflequillado que me mira mal y que hace como que me perdona la vida. Las gordas también comemos, digo yo (y en mayor proporción que el común de los mortales), salimos a la pista de baile para mover las caderas a ritmo de reggaetón y nos convertimos en princesas, aunque solo sea después de emborracharnos como cosacos para vencer el miedo al ridículo. Y por supuesto tenemos nuestro umbral del placer como todo el mundo. La semana pasada, sin ir más lejos, me entró un astifino de Zamora, estudiante en prácticas o yo qué sé, y me sentí feliz e importante hasta que llegamos a la habitación de su hostel y se arrepintió de cualquier escarceo amoroso sacándose de la chistera un queso manchego y una hogaza de pan y mostrándome con candor infantil láminas artísticas de algún gurú de mercadillo. Cabronazo. Ya estaba yo quitándome las medias, estribada sobre el níquel de la cama, y sonriéndole con humana necesidad. Cuando me aproximé danzando como una vestal y portando el sujetador de talla única XXXXL a modo de antorcha para encenderle los deseos,

va el tío y me dice que me huele el aliento... Casi lo mato allí mismo. Me parece cruel, y hasta de mal gusto, invitar a una señorita para luego salirse por la tangente. Enano castrado... Estas cosas, por supuesto, no se las puedo contar a la Conchi porque me mataría. Se cree mi tutora solo por el hecho de ser tres años mayor que yo, pero las dos sabemos que la cuestión nada tiene que ver con la moral y sí mucho con la pena que le llegan a causar mis incursiones amorosas. Para eso me meto a monja, le dije en una ocasión. Si solo por pesar ciento treinta y siete kilos y carecer de voluntad para desgastarme con dietas y gimnasio, voy a morir virgen, entonces nada merece la pena. Ella me miró con severidad y se limitó a palmearme el hombro, no sé si a modo de consuelo o para que abandonara el baño y la dejara en paz. Era muy importante, al parecer, eso de hacerse los pelos... A mí me parece un suplicio innecesario. Mis compañeras en el trabajo me llaman la mujer barbuda con menos cariño del que quisiera (y eso porque no me han visto pecho, muslos y espalda), pero yo me limito a contraatacar descolgando pantalones y blusas de los percheros para arrojarlos vengativamente por el suelo (por algo soy la encargada de la boutique), así logro un armisticio parcial que me permite volver a la trastienda para comerme un par de hamburguesas mientras hojeo el Man con ganas infinitas de frotarme hasta que salgan chispas de mi entrepierna.

Acudir al médico con tu hermana y que el míster te diga "desnúdese", no es plato de buen gusto. Esta mañana se ha empeñado en acompañarme al ginecólogo. Pero si yo no tengo chichi, Conchi, le he dicho riendo, las gordas solemos hacer pipí por un desagüe que tenemos en la barriga, al lado del ombligo. Cuando me da por reír, ella se pone muy seria, así que siempre termino cediendo y cayendo en las contradicciones que luego me hacen sentir culpable, pero eso es arena de otro costal. El caso es que tenía cara de sátiro ese muchacho. Detrás del biombo, mientras me quedaba en pelotas, lo veía como a los toros embolados antes de embestir, ladeando la cabeza de un lado para otro en busca de su víctima. Después, he salido tratando de ocultar mi vergüenza mirando las lucecitas led del techo. Hijoputa, qué daño. Me ha metido un espéculo o vete a saber qué instrumento de tortura y me ha dicho que necesito una ecografía,



que los ovarios parecen desplazados hacia no sé qué paredes de mi aparato reproductor. Será por algún movimiento pendular secreto, le contesto con sorna, porque lo que es por acción pura y dura, rien de rien... La Conchi me ha mirado, como siempre que bromeo, y, mientras me recolocaba los refajos, se ha puesto a hablar con el médico sobre mí, como si yo fuera una menor, aunque ya estoy acostumbrada a sus desaires. Lo que me ha dejado turulata es ver el grado de intensidad seductora que había en las miradas de los dos. Se notaba que el médico desviaba los ojos hacia la intersección del escote de mi hermana. Por un momento lo he visto bisojo, embebido en la poza prometedora de placer que podía intuir bajo su sostén de encaje. Salido de mierda. Claro que la Conchi no se ha quedado atrás. Mientras oía sin escuchar los riesgos que podían conllevar mi estructura anatómica desbordante, se ha rascado el moño, arrancado el coiletero y luego se ha metido un dedo en la nariz. Yo conozco de sobra esos síntomas. Las personas que no podemos vivir las pasiones y los enredos de los demás, nos conformamos con ser espectadores calladitos de una peli que se nos muestra cruelmente como en sesión continua. La primera vez que vi a la Conchi haciendo esos gestos preparatorios de soltar hormonas, fue cuando se tiró en primero de carrera a su profesor de Biología. Ya lo creo que tendría la niña sus clases prácticas, al margen de exámenes y demás mierdas. Es muy procaz la Conchi, quizá trabaje el sexo por las dos como una especie de encargo bioquímico que nos ha tendido el destino. En cualquier caso, ella folla y yo como. Ella sonrío tal que un cisne en su lago de cristal y a mí me quedan las lombrices y los lodos del patito feo chapoteando en aguas de nadie. Cosas del destino. Si mi padre aún viviera le preguntaría si las dos poseemos el mismo origen... No sé yo mamá, con aquel amigo bohemio del colegio que tanto solía dejarse caer por casa... Pero los secretos de familia, no obstante, están guardados bajo siete llaves y escondidos, además, por la falta de testigos. Nuestros desgraciados progenitores acabaron hechos fosfatina en el accidente de Spanair de agosto de 2008. Esa fecha no se me olvida, quizá porque esa mañana, en la piscina, tuve mi primera regla y mi primer achuchón con el género masculino. Sin duda aquel socorrista no supo encontrarme los fondos, o no los buscó adecuadamente. Ahora me río y me digo que su pililla era

un lápiz desgastado, mínima y fragilucha, pero entonces su falta de colaboración me pareció una catástrofe de dimensiones superiores a la del accidente aéreo que nos dejó huérfanas y a cargo de la tía Sagrario. Por cierto, a ver si me decido a ir a visitarla a la residencia, pero me da pereza y, además, mi querida hermana inventa siempre excusas de lo más tontas para no acompañarme nunca. La última vez fue que Bjiorn, su amorcito nórdico, tenía una inflamación de pleura o algo así. Mentira cochina como comprobé sobre el terreno aquella misma tarde. Ya me las veía yo venir, y por eso me aposté en la esquina al lado de su casa, camuflada entre dos furgonetas, y los vi salir radiantes por el portal como macacos en su época activa de celo. Ese es mi problema, que me sobra tiempo para todo. Las hiperdesarrolladas como servidora no tenemos gran cosa que hacer un sábado por la tarde, quizá por ese motivo aparecemos allí donde no se nos espera o podemos permitirnos el lujo de tirar nuestras vidas a la basura jugando alegremente a espías. Lo malo son los resultados. Una advierte las mentiras, el rencor de los demás, pero nada puede hacer para evitarlo. Por el contrario, se agranda el círculo de la soledad que te mantiene encerrada como en una burbuja, y terminas en cualquier antro grasiento mezclando las lágrimas con el ketchup con la esperanza de que todo sea una pesadilla. Comerse cuatro, cinco salchichas puede resultar un acto pornográfico en medio de quinceañeros escandalosos que te miran con desdén, aunque solo las rellenitas (malditos eufemismos), podemos mantener la compostura y tragarnos el dolor con la elegante voracidad de las ballenas. Debe ser algo relacionado con Darwin y la supervivencia de las especies. Tendré que mirarlo en alguna enciclopedia uno de estos días, si me acuerdo, claro, porque el tema de la memoria parece que va por su lado y adelgaza que da gusto.

A veces hago cosas extrañas, eso me dice al menos la voz de mi conciencia, pero en realidad a mí me parecen pequeñas gestas que le ponen una pizca de pimienta a la vida. Últimamente me ha dado por echarle cucarachas en el bolso a la tonta de Lita. Es que esa mujer me saca de quicio y, además, con sus maneras de madame Pompadour me recuerda a la Conchi, todo el día en el trabajo paseándose de la caja a los probadores con esas minifaldas ajustadas,

provocando más de un colapso en los abueletes que solo vienen y se hacen los despistados para poder comérsela con la vista. Ayer en el parque hice un cucurucho con papel de periódico y escogí cinco ejemplares rubias (tan rubias y asquerosas como ella), y cuando llegué a la tienda las fui soltando con delicadeza una a una, como quien desgrana una venganza largamente planeada. Cerré su bolso tipo Hermés (ya quisiera ella poder comprarse uno auténtico), y me senté a esperar. Al poco rato los gritos se oyeron en todo el centro comercial. Había intentado coger un kleenex o una compresa, vete a saber, y se encontró con la suave caricia de una criaturita de ocho patas sobre su mano. No pude evitar reírme. Sé por su mirada de bruja que me la tiene guardada, pero me da lo mismo. He decidido cambiar de calibre. Mañana intentaré cazar una rata en los contenedores del parking. Las hay hermosas como gatos, y solo imaginarme su carita quebrada como una copa de cristal me hace sentir feliz y hasta me provoca un extraño sentimiento de solidaridad con el género humano. Quizá debiera darle un escarmiento parecido a la Conchi. Meterle un insectario entero en el cajón perfumado de sus braguitas o un nido de larvas en el tarro donde guarda el salvado y todas esas mierdas que la mantienen como una sílfide. Todavía no entiendo la disciplina de esas mujeres sacrificadas para ser degustadas como chocolatinas. También tienen fecha de caducidad, qué se habrán creído, y algún día serán alimento de los gusanos como toda hija de vecino. Hablando de gusanos, se me ha olvidado atender al gato de la vecina, se lo había prometido. Ocho días llevo sin pasar por su casa para ponerle la comida y cambiarle el cajetín de la arena. Que se joda el bicho. Cada vez que entro con mi mejor voluntad se me tira a las piernas como una hiena, parece el micifuz del demonio haciendo prácticas para desarrollar el mal. La semana pasada le llevé higaditos de pollo podridos y le espolvoreé un poco de ZZ en el agua. Me quedé esperando un rato, y cuando vi que el muy cretino se acercaba al comedero para devorar mi regalito, reculé discretamente y salí del apartamento con el semblante de una buena samaritana. Sé que estas acciones me las podría ahorrar, pero dentro de mí hay una voz que me habla y me marca cada paso que doy. Mi maldad no viene de fábrica, no, y aunque quizá las excusas son rastros en medio de la mies, solo puedo guiarme por

mi propio instinto de supervivencia. Si tengo que sacar las uñas, las saco. Y Santas Pascuas. No me voy a andar con moralinas. Eso se lo dejo para mi queridísima hermana, que tiene la suerte de poder desenvolverse en un mundo Disney donde todos le hacen pasillo y le lanzan besos y flores como si fuera una estrella de cine. Las demás nos tenemos que conformar con los despojos. Por cierto, mientras pongo a desecar mi conciencia, he comprobado aterrorizada que el dichoso minino es ahora un tasajo de carne devorado por moscas verdes y gusanos de todos los colores. Pobre, parece un tablero de parchís. Tirado sobre el terrazo de la cocina es igual que el clon pequeño de una pantera africana abatida por el rifle de un cazador en la sabana. El hedor me ha echado para atrás, provocándome más de una arcada, pero en mi interior he hallado una paz de espíritu y una alegría que no puedo describir. Algo tendré que decirle a mi vecina cuando vuelva de Panamá, pero supongo que para entonces todo habrá terminado para mí y tendrá que ser la Conchi quien se vea obligada a darle explicaciones.

Lo he pensado largamente. Los adioses son como pañuelos de seda que primero acarician con suavidad el morro, los ojos humedecidos por alguna lágrima furtiva y así hasta topar con la nariz moqueante, pero terminan por ser olvidados en algún cajón o en la cesta de la ropa sucia. Así sucederá cuando yo me vaya. Decidido. Todo fue cuestión de azar en un día de mucho aburrimiento. Hice treinta bolitas de papel con los días del mes (los días 31 nunca me gustaron porque suenan a hartazgo y a monotonía), y luego bolitas con los meses del año que metí en otra bolsa. Como en el bingo eterno de todos mis domingos de soledad, extraje primero el día: 23. Luego, tras beberme media botella de Frangélico, tenté a la suerte con el mes: febrero. Joder, pensé en repetir la operación porque la cosa parecía más bien de burla. Pero finalmente acepté el destino que me señalaba el azar. Compartir día de gloria con un golpe de Estado... Bueno, igual daba, al fin y al cabo, esa fecha quedaba lejos y a mí me daba exactamente igual el obituario que me pusiera la Conchi en el ABC. Las dos sabemos de memoria que nuestras vidas han transcurrido paralelas como estrellas fugaces. Solo que la mía es más fugaz, e indica mi camino con la flecha para abajo. En fin, c'est la vie.

Hace un frío que pela. Madrid en febrero puede ser un igloo en medio de tanta tristeza y desolación. Solo el humo de coches y calderas puede calentar mínimamente cuerpos y almas. Recuerdo que con dieciocho años recién estrenados salí a pasear en una tarde de San Valentín con los compañeros de instituto. Llevaba mi abrigo morado y el dolor de la soledad cosido al pecho. Cuando me vieron aparecer comenzaron los gestos, las risas, y a mí solo me dio por correr mientras escuchaba el himno que se me había atribuido desde los trece años: "A la gorda le gusta el vino, a la gorda le gusta el pan, a la gorda le gusta todo menos ir a trabajar..." En mi carrera alocada hacia ningún sitio me arranqué la bufanda y me deshice del abrigo. Por extraño que parezca sentí perder lastre, así que continué despojándome del resto de la ropa. Guantes, jersey, pantalones, todas las prendas volaban de un modo mágico y me conferían una agilidad hasta entonces desconocida. Olfateé un olor a amoníaco, aquello sí puedo recordarlo con nitidez, pero seguí envuelta en mi halo sobrenatural, doblando esquinas, saltando sobre la acera como una pertiguista. Oh, dolor del alma. Desemboqué en el parque donde la Conchi solía reunirse con sus guapísimos elfos de bachillerato para meterse mano. Cuando me vio medio desnuda soltó a su Romeo y se acercó hasta mí. Por sus ojos lo entendí todo. Yo seguía oliendo a amoníaco y mis lágrimas inundaban la totalidad del parque, pero ella trató de ser natural, como siempre, y me presentó a su compañero de cacerías carnales como si nada. Hola, hola. Lo malo es que yo estaba descalza y en combinación, aterida de frío, y con un hedor insoportable. Le di dos besos y me limité a esperar. No pasó nada. Quizá la eternidad y la vergüenza pasaron de refilón, pero a mí me pareció que se inauguraba un tiempo sin futuro. Cuando días después leí que el sudor de las personas con obesidad mórbida se combina con no sé qué feromonas, se produce una alteración química que provoca un efluvio similar al del amoníaco. Perfecto, la princesa gorda era un producto top de droguería... Aquella noche mi hermana quiso dormir conmigo, mostrarse humana y bla bla bla, pero yo no consentía que nadie durante mis sueños pudiera robarme el dulce sabor de la felicidad. Al día siguiente tía Sagrario sufrió su primer ictus y a mí me dieron las notas de la selectividad. Un dos con siete, que, sumado a la media del bachillerato, me daba un tres con

nueve. Perfecto, pensé, esta reinona no pisará los altos templos del saber. Solo la Conchi tendrá su pedestal y su doctorado. A mí me quedaba el ruinoso horizonte del secretariado e inglés de academia y esconderme como un topo para no mostrarme demasiado. Tampoco era tan sorprendente. No iba a hacer, además, un drama con mi futuro de muñeca de plexiglas. Ya se sabe que las cosas vienen rodadas y que cada cual tiene lo que se merece, etc, etc.

Lo bueno que tenemos las rellenitas es que sabemos reírnos hasta de nuestras propias tragedias. Siempre he tenido claro que el humor es un cuchillo que parte las desgracias como un pan candéal, y aunque sobren migas, siempre habrá un gorrión o una paloma que sabrán aprovecharlas. Que me mato, hoy es el gran día y nadie lo sabe. Nadie tiene por qué saberlo. Madrid amanece con atascos como siempre y con un caso de corrupción en la Asamblea como siempre. Solo me he puesto el abrigo y calzado los zapatos. Para qué morir con las bragas puestas. Sería un engorro para los forenses tener que hacer uso de sopletes y poleas elevadoras para hacerme la autopsia. He preferido darles facilidades, al cabo, no soy tan mala persona por muchas deudas que tenga contraídas con tanta gente que nunca ha sabido entenderme. Bastará un saltito desde el Puente Toledo. Algún niño pensará que hay ballenas en el Manzanares. Cuando pasee de la mano de su padre y me vea tripas arriba como un cetáceo, sé que estimulará su mundo de fantasía y será feliz dentro de su inocencia. La respuesta del padre no puedo, ni quiero adivinarla. Mejor así. El mundo avanza con paso lento o a grandes zancadas, y solo las grandes noticias llenarán las páginas de los periódicos. Una ballena varada solo puede ser una anécdota para comentar mientras se toma un café. Pero basta de disquisiciones. Ahora tengo que enfrentarme a la situación. Coger el autobús 34 y bajarme en Pirámides, eso siempre y cuando pueda abrirme paso entre la jauría que abarrotará el autobús...

Antes del doble salto mortal con pirueta carpada me gustaría tomarme un café y recordar lo que el futuro no ha sabido darme. Me encantan los niños, sí, hubiera sido una buena madre y hasta miembro activo del AMPA del colegio; y las milhojas de merengue. Me vuelven loca, y casi me arrepiento de mi decisión ante la idea de

no volver a comerme una de esas maravillas hojaldradas que venden en la Mallorquina. Bjiorn... Bueno, él nunca me entendió. Su soberbia de vikingo siempre le ha hecho mirarme por encima del hombro. Le perdono sus pequeñas afrentas, su olor a azufre cuando sale del baño. En fin, quizá los nórdicos tengan una cloaca dentro del estómago en vez de aparato digestivo, pero no me corresponde a mí juzgarlo. Y mi último recuerdo para la Conchi. Anoche, ante lo inminente, me decidí a hacerlo. Mientras dormía le abrí el bolso y le dejé mi regalito: dos ratas muertas que cogí del parking del centro comercial. Como herencia no va mal servida, no señor. Solo falta que Dios levante la bandera para que pueda yo entrar en competición, y este camarero con cara de sapo que parece no querer cobrarme nunca. Ahora que lo pienso, quizá me pida un segundo café con porras. Tengo hambre, como siempre, y sé que a mi fantasma no le importará esperarme un poco más. Las citas, ya se sabe, y más en Madrid, permiten un grado de flexibilidad inimaginable en otros lugares del mundo.





**2.º Premio**

**Calor de hogar**

**Maite Núñez Luque**



## Maite Núñez Luque

Maite Núñez (Barcelona, 1966)

Licenciada en Historia Moderna y Contemporánea (UAB) y Diplomada en Estudios Superiores Especializados en Periodismo (UAB), ha colaborado en diversas revistas literarias y en la redacción de textos de todo tipo, desde artículos de enciclopedia (entradas de Historia, de Geografía, hasta artículos de divulgación para revistas).

Es autora de dos libros de relatos, ambos publicados por la Editorial Base: *Cosas que decidir mientras se hace la cena* (2015) y *Todo lo que ya no íbamos a necesitar* (2017). También ha publicado diversos cuentos en antologías, artículos, reseñas literarias, etc.

Entre los premios literarios más destacados de entre los recibidos se hallan: el 1er. Premio del **V Concurso "Tanatocuentos"** (Empresa Madrileña de Servicios Funerarios y revista *Adiós*, 2005), el 1er. Premio de la **XXXI edición del Certamen Internacional de Narrativa "Tomás Fermín de Arteta"** (*Fundación Bilaketa de Aoiz*, 2007), el 1er. Premio del **VIII Certamen de Relatos para ser leídos en tres minutos "Luis del Val"**, (*Ayuntamiento de Sallent de Gállego*, 2011), Finalista del **XXXVII Certamen de Relato corto "Hucha de Oro"** (*FUNCAS*, 2012) y el 1er. Premio del **V Concurso de relatos breves del Diari de Terrassa**, *Diari de Terrassa*, 2014.

La versión oficial en torno a mi inminente marcha de Plaza Estates, sustentada en informes médicos sobre reumas y úlceras estomacales, se propagó entre mis compañeros de la inmobiliaria a la velocidad de la luz. La falta de salud menoscababa mi trayectoria de vendedor de pisos. Sin que pudiera evitarlo, corrió la voz de que precisaba un retiro a base de balnearios y hospitales. Todo se precipitó. Incluso se publicó en el boletín mensual de la empresa, un panfleto que se distribuía entre los empleados. Me daba las gracias y magnificaba mi carrera. Lo ojeé en la consulta del médico. Sentí cierta amargura. Luego, ya en mi apartamento, utilicé sus páginas para limpiar los cristales del comedor.

La otra versión, la verdadera, la que quedaba para mí y para Leo Bentley, el director de la agencia, incidía en mi dejadez, en un rosario de informes de resultados que rezumaban gin-tonics. Las comisiones hacía tiempo que me daban la espalda. Mis ventas mensuales, que se habían llegado a contar por decenas, rozaban ahora el ridículo: un total que haría sonrojar a cualquiera en las reuniones del consejo de administración.

- Deberías pensar en retirarte – me había dicho Bentley.
- ¿Eso es lo que crees?
- Ya tienes edad para jubilarte, Robert.
- Tengo cincuenta y cinco años.
- Parece que tengas diez más. No te cuidas.
- Si no fueras amigo mío te mandarían al infierno.
- Tú no tienes amigos, Robert. Ni siquiera tienes familia.
- No es cierto. Tengo un gato.
- Eres patético.

– No puedes despedirme a mediados de mes, va contra el derecho de los trabajadores.

– Puedo hacer lo que me parezca. Soy el jefe.

– ¿Vas a ser capaz? Espera al menos a que pueda cerrar una última venta.

Bentley dudó. Confié en los cimientos de nuestra amistad. Provenía de nuestros inicios en la empresa. Nos habíamos incorporado al mismo tiempo, pero Bentley había cultivado una carrera sustentada en la seriedad y en el trabajo duro, hasta hacerse con el mayor porcentaje de las acciones de la inmobiliaria; mientras tanto, yo, en algún momento de mi deslavazada vida, empecé a enlazar fiasco tras fiasco. Así que si no me daba una salida digna no se lo podría reprochar. Hubiera tirado la toalla sin ningún tormento, pero al final me dijo:

– Tendrás que convencerme, Robert. Dame algo que me convenza.

Durante las siguientes semanas, enseñé un par de pisos, dos viviendas de clase media al norte de Kew Gardens. Lo hice con desgana. No insistí en sus falaces virtudes (un lavabo y una cocina tan amplios como faltos de reforma en una de ellas; en la otra, un jardín comunitario del que solía desaparecer a diario la ropa tendida). No lo hacía adrede. Dormitaban en el elenco de Plaza como almas en pena.

El piso de Kensington Gore – sin embargo– floreció de improviso en el catálogo de la inmobiliaria como la promesa de mi resarcimiento. La vivienda era cara, un piso en un edificio señorial, a la sombra del Royal Albert Hall. Fragüé una leyenda entre mis compañeros de la agencia: era sin duda un inmueble difícil de vender. Pero, a cambio, el premio a recibir – un porcentaje goloso sobre el total del precio de venta al público y la gloria de retirarme con honores– sedujo mi consumido ego. El propietario del piso, un miembro de la Cámara de los lores, abandonaba Londres para ocupar un cargo en la embajada inglesa en una isla del Pacífico. Días atrás su familia y él habían tomado posesión de un palafito en la costa este de la isla, como jefes de una tribu nativa. De hecho, había delegado en Bentley

la custodia y venta de la casa, surtida de muebles y enseres, como si todavía estuviera habitada.

– Déjame que me encargue, Leo – le dije. Cinco palabras que sonaron a hueco.

– ¿Estás bromeando?

– Por los buenos tiempos. Deja que sea mi última venta.

– Si no lo vendemos la agencia perderá el beneficio de meses.

La camaradería de otro tiempo se evaporaba. La cuenta de resultados mandaba y eclipsaba mi trayectoria.

– He sido durante muchos años tu mejor vendedor.

– Eres un vendedor del montón – ni siquiera se inmutó al decirlo.

– Era un excelente vendedor. No me lo puedes negar.

– Lo seguirías siendo si no fuera por las botellas que se acumulan en tu cubo de basura.

– Me lo debes.

– Dos meses. Tienes dos meses.

Pero las primeras semanas pasaron sin que nadie se interesara por el piso. No hubo llamadas solicitando visitar aquella joya inmobiliaria y el anuncio con las fotos a todo color del piso languideció en el escaparate de la agencia. Escarbé en mi cartera de contactos – inversores, antiguos clientes siempre dispuestos a cambiar de residencia– , pero no pude insuflar en ninguno el deseo por la primera planta de Kensington Gore.

Durante días, evité a Bentley por los pasillos, rehuía las reuniones periódicas y postergaba con excusas entregar mis informes. Las paredes de Plaza Estates se me caían encima, pensé en dejarme morir y quedar allí sepultado, como en un mausoleo: un monumento al vendedor caído.

Una mañana, a pocos días de que expirara el plazo concedido por Bentley, Sally, la recepcionista, entró en mi despacho haciendo

aspavientos. Me extendió una nota. Mascaba chicle sólo por el lado derecho de su boca.

– Esta tarde, a las cinco. Tienes un cliente, Mundina. Una mujer. Le interesa el piso de Kensington Gore.

Le di las gracias. Relegué la nota al bolsillo de la americana, compartiendo destierro con un pañuelo y un par de recibos de *Spirits of London*.

A continuación, me incliné sobre la mesa y le pregunté si quería salir conmigo esa noche a tomar algo, pero la recepcionista hizo un globo con el chicle y, antes de explotarlo, dijo:

– No iría contigo ni a la vuelta de la esquina, Mundina. Podrías ser mi abuelo.

– ¿Prefieres a ese imberbe que viene a buscarte a la salida del trabajo? – me tiré para atrás en la silla y encajé el desplante como un gancho al estómago.

– Ese imberbe al que te refieres es mi novio. Me recoge cada día de camino a casa. ¿Tú tienes alguien que te espere en casa cuando vuelves? – y su pregunta –puro alcohol, noventa y seis grados– me acuchilló la úlcera.

\*\*\*

Compré un sándwich en el *Tesco Express* de Gloucester Road. Luego me dirigí al norte por Exhibition Road. Miré el reloj. Aún faltaba bastante para la hora de mi cita en Kensington Gore. Tuve la sensación de que esa visita no fructificaría, que – como otras veces en otros pisos– sería una pérdida de tiempo. Me detuve frente a la entrada principal del museo Victoria & Albert. En una semana se inauguraría una exposición temporal sobre arquitectura doméstica en la antigua Roma. Sabía algunas cosas sobre ese tema. Sabía cosas sobre casas. Sabía que cada vivienda, la *domus*, constituía un templo familiar.

Desde la acera de enfrente, la fachada de Kensington Gore –un viejo edificio fanfarrón– me pareció mentirosa, sus ventanas blancas desdecían el rojo del ladrillo. Vender aquella casa requería de mi experiencia, de mi legendario buen hacer. No en vano había sido

varias veces el vendedor del año, la mano derecha del mismísimo Leo Bentley. Mis hazañas inmobiliarias se estudiaban en las escuelas de negocios.

Crucé la calle y subí al primer piso. Abrí la puerta y busqué la cocina, el corazón de cualquier casa. Me pareció que el horno bombeaba calor, como si hubiera sido utilizado hacía poco. Me senté a la mesa y me comí el bocadillo en dos bocados.

Luego, haciendo memoria del manual del buen agente inmobiliario, repasé las habitaciones para memorizarlas, una por una, poseído por el espíritu de un eficiente mayordomo: visité los cuartos de los niños: dos habitaciones infantiles siamesas, unidas por el cordón umbilical de un lavabo común; la suite principal, adornada con un vestidor en el que era fácil extraviarse. Después, me aventuré en la habitación de invitados y en la de servicio, entré en la biblioteca y, armado con un aerosol y una bayeta, restituí cierto lustre a las estanterías, devoradas por volúmenes y volúmenes del código civil inglés. Los objetos personales –fotos, ropa– habían dejado algún hueco apenas perceptible.

No hacía tanto tiempo atrás yo también había tenido una casa similar. El libro de familia amparaba mi dolor: una esposa y una hija engullidas por el guardabarros de un camión, en la A34, a la altura de Didcot. La vida que vino después carecería de alicientes. Me dejé fascinar por tugurios de carretera, afronté la adversidad con un gin-tonic en la mano. Pero mi ligereza ensombreció mi duelo. Familia y amigos sucumbieron a mi falta de constancia. Perdí la casa y a punto estuve de quedarme sin trabajo. Bentley me defendió, como viejos camaradas de guerra. Pero ahora su ultimátum me dejaba sin mi valedor.

Después de revisar los cuartos de baño, me encerré en el salón, decorado con ínfulas palaciegas. Los propietarios de aquel piso eran ricos, o al menos aparentaban serlo. Yo había conocido a magos de la apariencia, hombres y mujeres dotados para la simulación: una familia que no llegaba a fin de mes habitando un palacete en la campiña de Oxfordshire, un ejecutivo de una multinacional que vivía en un sótano de Brixton de dieciséis metros cuadrados. Pero su

solvencia parecía fuera de duda. Aprecié los acabados de los muebles: mesa, sillas, aparador, mueble bar. Luego me recosté en una de las butacas –un carísimo Weber del siglo XIX–, como si fuera el dueño y señor de la casa.

Me apreté el abdomen con las manos, me doblé hacia adelante, como si el estómago se me fuera a salir del cuerpo. Me levanté y me dirigí al mueble bar, surtido como para dar una fiesta. Podía citar de memoria marcas y tipos de licores: vodka Belvedere, ginebra Lubuski, whisky Yamazaki. Celebré el buen gusto del dueño de la casa. Eligí un brandy gran reserva y me serví una copa. Luego volví a arrellanarme en el Weber y, antes de quedarme dormido, hice un brindis al aire y me bebí el contenido.

Soñé que mis compañeros de *Plaza Estates* me organizaban una fiesta de despedida. Un guateque en el *Argyll Arms*, con barra libre de Guinness. Sally se colgaba de mi cuello, huérfana de su imberbe novio. Les daba las gracias a todos y les comunicaba mi decisión de hacer un largo viaje por el continente, pero el sueño maquillaba la realidad: en cualquiera de los casos, mi futuro se bamboleaba. Tanto si vendía el piso de Kensington Gore como si no, Bentley no me iba a permitir permanecer por más tiempo en la empresa. ¿Qué iba a hacer entonces?

El azote del timbre me despertó. Miré mi reloj. Tuve que acercarme la esfera para ver mejor. ¿Cuánto tiempo había estado durmiendo? Me levanté, desorientado, y me dirigí hacia la puerta. Miré por la mirilla. Vi a la mujer y entonces recordé para qué estaba allí.

– ¿Dónde se había metido? Llevo un buen rato esperándole en la calle.

– No me he movido de aquí – me aparté a un lado para que pasara. Tenía un aire a mi mujer. Era menuda y nerviosa, lejos del engolamiento del tipo de clientas de *Plaza Estates*. Agradecí que fuera así.

– La persona que me atendió en la inmobiliaria me dijo que un agente me esperaría en el portal. No tengo todo el tiempo del mundo.

No supe cómo avalar su queja y, entonces, sin pensar, como si la siesta en el sillón Weber me hubiera transmutado, dije:



– ¿No la han avisado? Debe de haber habido un malentendido. El agente inmobiliario no ha podido venir. Una indisposición de última hora. A mí no me importa enseñarle el piso yo mismo.

– ¿Es usted el dueño? – me miró de arriba abajo como si desconfiara.

– Así es.

La mentira salió de mi boca con naturalidad. Me miré los zapatos, como si hubiera en ellos algo que pudiera desmentirme. Entonces vi la mancha. Una mancha en la pechera de mi camisa, un rastro de vino rosáceo, delator.

Me dio un apretón de manos lacio, sin convencimiento. Cualquiera hubiera dicho que había visto al demonio.

– Diría que su cara me es familiar. ¿No estudiaría en Drayton Manor?

– Siento decepcionarla, pero no. Yo estudié en Ashbourne College.

– Yo tuve un novio que iba a Ashbourne: Lewis Pardo. Tal vez lo recuerde. A veces iba a recogerle a la salida de las clases.

– ¿Lewis Pardo? No me suena –la mentira tenía esas trampas, pero ni siquiera me sofoqué por dentro.

– Qué extraño. Tal vez me equivoque, pero hubiera dicho que nos conocíamos de algo – hablaba mientras miraba en todas direcciones. Fruncía el ceño para hacerlo y arrugaba su frente.

– Tal vez sea así. Tengo mala memoria para las caras.

Me complació resultarle familiar y sentí no recordarla. Esperé que a ella no le pareciera que yo había envejecido mal.

– Veo que le ha ido muy bien – el vestíbulo del piso la recibía como un prolegómeno del lujo.

– No puedo quejarme– me fijé en la mancha desdiciéndome. Me pareció que crecía, que se extendía por la camisa como una fuga de petróleo. Me pregunté cuántos días hacía que la llevaba. Había noches en que dormía vestido. Tal vez ya la habían visto Bentley y los demás colegas de Plaza Estates.

Sentí vergüenza. Quise distraer su atención haciéndola pasar al salón, y entré detrás de ella. Recoloqué la corbata –un regalo de aniversario de mi mujer– para tapar la mancha. Luego continué con mi farsa, exagerando mi papel.

– Me apena mucho tener que desprenderme de esta casa. Mi familia y yo hemos vivido buenos momentos en ella – dije, y la palabra “familia” se me deshizo en la boca como mantequilla.

El edificio es precioso. Y este salón tiene unas vistas estupendas – dijo.

– Y es la mejor zona de Londres.

Apartó las cortinas como si fuera ya su casa; debía de haber concierto en el Royal Albert Hall; en el exterior se había formado una pequeña cola, aficionados a la música clásica o turistas despistados en busca de fotografías de las que alardear de regreso a casa.

– Parece que hay concierto. ¿Va usted mucho a los conciertos?

No supe qué contestar. Podía haberle dicho que a mi mujer le gustaba mucho Bach, pero en vez de eso me encogí de hombros. La visita empezaba a importunarme. Mi capacidad para el engaño hacía aguas. Me sentí ridículo y estuve tentado de descubrir mi impostura, pero entonces me acordé de Bentley y su punzante ultimátum.

– No, la verdad. Cuando no viajo me gusta estar en casa. Es donde me encuentro más cómodo. ¿A usted no le pasa?

– Por supuesto. Entiendo que le guste estar aquí. El piso está decorado con mucho gusto. ¿Se ocupó su mujer de los detalles? Ya sabe, de elegir los muebles, los adornos...

Barajé la posibilidad de hablarle de un divorcio. Un divorcio sugería un pasado sentimental, alguien con un guión amoroso lleno de aristas y de enmiendas a la totalidad. Pero, casado o divorciado, cualquier opción significaba amplificar mi mentira.

– Efectivamente. La decoración fue obra de mi mujer. Tiene muy buena mano para este tipo de cosas.

– Felicítela de mi parte.

– En cuanto hable con ella se lo digo.

– ¿No está aquí?

– No, se está instalando en nuestra nueva casa, con los niños.

– Oh, papá, mamá y los niños: la familia ideal – me pareció sarcástica; volvió a mirar por la ventana; en breve, el último resquicio de sol se fundiría con el dorado del Royal Albert Hall – . Yo no estoy casada, ¿sabe? – prosiguió, mirándose las uñas– . Pero tengo un amante. Hace tanto que a veces pienso que es mi marido.

Lo dijo en voz baja, pero me sentí confundido ¿A qué venía aquello? En ocasiones los clientes me hacían confianzas, como si fuera psicólogo. Me producía cansancio. Yo me limitaba a vender pisos. Quería vender aquella casa, recuperar la confianza de Bentley. Me fijé en su peinado, en la laca de sus uñas, evitando decir nada. Luego ella se giró y descerrajó una pregunta, como si su confesión anterior no hubiera existido.

– ¿Puedo preguntar por qué la vende?

– Me marcho. Me trasladan a otro lugar – y en el fondo no mentía, en breve tendría que recoger mis pertenencias y despedirme de Plaza Estates. Cuando eso sucediera, ¿qué me iba a quedar? ¿Dónde me refugiaría?

– ¿Se marcha de Londres?

– Sí, me voy. Nos vamos.

– ¿Al extranjero?

– Así es. A un país tan lejano que ni yo mismo podría ubicar en un mapa– . Trufé una novela sobre lo complicado de la carrera diplomática, sobre lo insidioso de andar siempre de aquí para allá. Los diplomáticos no tenían hogar propio. Era algo en lo que nos asemejábamos.

– ¿Así que es usted diplomático?

– Sí – quise cambiar de conversación (la mentira precisaba de conocimientos de los que carecía). Ofrecí enseñarle las habitaciones.

– Adelante. Para eso he venido. Enseñemelas.

– Además de salón, cocina, tres baños y biblioteca, la casa tiene cuatro dormitorios y una habitación para el servicio.

Mi apartamento era infinitamente más pequeño, un estudio de dos piezas – habitación– comedor– cocina todo en uno más lavabo– al norte de Kilburn Road.

Salimos al pasillo y dudé hacia dónde dirigirnos primero. Pensé en las habitaciones de los niños y la leyenda de familia que alimentaban.

– Es por aquí.

Entramos en el primer dormitorio.

– Esta es la habitación de Chloe.

El nombre de mi hija me sirvió para amalgamar mi engaño. Sentí que de alguna forma aquella casa me pertenecía. Adjudicar un nombre al dormitorio era como tomar posesión del mismo. Pasó por mi cabeza la idea de atrincherarme en una de aquellas habitaciones, en la cocina, tal vez, con el calor del horno. No salir de allí jamás.

Ella dio un vistazo en derredor.

– Es espaciosa. Puede que la use como salón para la televisión. Yo no tengo hijos. ¿Se lo he dicho antes?

– No, no me lo ha dicho.

Pensé en Chloe y sus cinco años congelados bajo el camión. Que aquella mujer no tuviera hijos me traía sin cuidado. Cerré los ojos y deseé que no hubiera solicitado ver el piso, me pareció que aquel hogar se merecía otros habitantes, alguien que supiera valorar la vida acumulada. Ella lo manoseaba con sus absurdas preguntas.

– Es un piso grande para una sola persona – añadí.

– No ha entendido nada. Es para los dos.

– ¿Para los dos?

– Lo de comprar este piso ha sido idea de él. De mi amante, ¿lo entiende ahora mejor? Llevamos cuatro años viéndonos en un hotel, un par de días a la semana. Ahora quiere comprar este piso para que nos veamos aquí. ¡Valiente imbécil! Pero no quiere un hogar.

Sacó un cigarro de su bolso. Quise decirle que no lo encendiera, pero mis palabras murieron en mis labios.

– Todo el mundo se merece un hogar – dije.

– Él ya tiene uno – ella expulsó una bocanada de humo, la dirigió a mi cara– . Vive en él, con su mujer. Esto no sería un hogar. No la va a dejar nunca. Sería un picadero. ¿No sabe usted lo que es un picadero? – habló con el cigarro entre los labios.

Me molestaron sus palabras; de pronto aquella visita me pareció un fraude, creí que la mujer mancillaba aquel lugar sagrado. La miré a los ojos y vi colarse la venta del piso por el sumidero. Pensé en dar la cita por finalizada, inventaría cualquier excusa para Bentley, pero entonces ella sugirió:

– Venga, no se enfade conmigo y enséñeme el resto de habitaciones.

Asentí y la conduje a la habitación siamesa. Albergaba el universo algodónoso de un bebé. Temí que mi edad refutara mi mentira, que ella me considerara demasiado mayor para tener un hijo, pero la mujer no dijo nada. Me pareció que reparaba en la mancha. Una mancha significaba dejadez, me ponía en entredicho.

Preguntó por el lavabo. Le mostré el más cercano. Cuando regresó, ya no llevaba el cigarro. Luego le enseñé la cocina y la habitación de servicio. Pareció conforme. A continuación la conduje hacia la habitación de matrimonio, una estancia engreída, con baño propio, presidida por una cama con dosel.

– Es realmente grande.

– Mejor que una suite del Ritz – sonreí.

Pero me arrepentí de inmediato. Temí que mi frase hubiera sonado a insinuación.

– El Ritz no es nada del otro mundo, créame.

– Es el mejor hotel de la ciudad.

– Depende de lo que se haya vivido en él. El lujo no lo convierte en un hogar, ni en algo agradable.

– Nunca me he alojado en él, pero tiene usted razón,

– Es el hotel en el que me encuentro con él.

Ella se sentó a los pies de la cama y se quitó los zapatos. La lycra de las medias tensó sus pantorrillas. Eché de menos el ruido del exterior: el claxon de los coches, un tráfico desbocado, unos vecinos desmedidos y quejumbrosos que ahogaran sus palabras.

Luego, ella añadió:

– Perdone, le debo de estar aburriendo con mi vida. Espero que no se haga una imagen equivocada de mí.

Me encogí de hombros.

– No soy quien para juzgarla.

– No se preocupe. Mañana mismo volveré a una vida monacal.

– Discúlpeme, pero no entiendo.

– Voy a romper con él. Mañana mismo. Me merezco algo mejor.

Volví a pensar en la venta. Se me escapaba como un pájaro.

– Todos nos merecemos algo mejor.

– Así es. Incluso usted.

No vi maledicencia en sus palabras. Tampoco me importaba lo que pensara de mí. Lo único que me preocupaba era volver a Plaza Estates con las manos vacías.

– Pero, entonces, ¿el piso?

– No se preocupe. Lo comprará. Mañana mismo. Luego lo sacaré de mi vida.

Avancé hacia ella. Quise resultar conciliador, como si únicamente hubiéramos hablado de las características de la vivienda.

– La inmobiliaria se ocupará del papeleo – perduré en mi papel de hombre de mundo.

– Que sea lo más rápido posible. Quiero ver la cara que pone cuando le diga que hemos terminado.

– Tal vez pueda reconsiderarlo.

– ¿No ha dicho que no me iba a juzgar?

– Perdona. Tiene usted razón, pero ¿qué gana con tanta inquina? – yo conocía el esfuerzo de edificar un hogar y la facilidad con la que podía destruirse.

– Venganza.

– La venganza no lleva a ningún sitio.

– No sabe la de cosas que se pueden llegar a hacer por despecho – añadió.

Ella se levantó. La vi acercarse, sus pasos descalzos, de gata, por la moqueta. Se paró a un palmo de mí y apoyó sus manos en mi pecho.

– Bésame. ¿Quiere besarme?

– Creo que se está confundiendo.

– Vamos, lo está deseando.

Cogí sus manos y las aparté de mi pecho.

– No me obligue a ser grosero.

– Apesta a alcohol.

– Si no está interesada en comprar el piso, podemos dar por acabada la visita.

Miré a mi alrededor. La habitación me daba vueltas. Me dio la impresión de que los muebles habían cambiado de lugar.

– Usted se lo pierde.

La mujer se puso de nuevo los zapatos y recogió su bolso. La observé mientras pasaba por delante de mí, camino del pasillo.

– No soy una santa. Seguro que usted tampoco lo es.

No. No era ningún santo. Pero era un buen vendedor. Había sido un buen marido, un buen padre. Tal vez incluso un buen hombre. Al día siguiente Bentley se replantearía mi jubilación anticipada; tal vez mis compañeros mutarían la fiesta de despedida en una celebración por mi reciente éxito. Decorarían mi soledad con confeti y canapés de salmón.

La seguí hacia la puerta de la casa y la vi alejarse escaleras abajo.

Luego entré en el dormitorio principal. Me quité los zapatos y me estiré en la cama. El dosel me serviría de refugio. Me pareció recordar a Lewis Pardo, de Ashbourne College. Un tipo alto, con patillas de escocés. Tal vez pronto ella hollaría aquel colchón. La imaginé allí, en el dormitorio, desperezándose por las mañanas. En el lavabo, con el cuerpo cubierto de espuma, como escamas de sirena. La imaginé también en el salón, arrellanada en el sofá, compartiendo una manta conmigo, mientras tomábamos un brandy gran reserva. Deseé que el piso tuviera un sótano para hundirme para siempre en él. Y entonces, antes de que me venciera el sueño otra vez, volví a reparar en la mancha rosada. Continuaba allí, invariable. Me recordaba quién era en realidad.



# **Premio**

**al mejor relato  
monegrino**

**El progreso es lo  
que tiene**

**Bernardo Romero Muñoz**





## Bernardo Romero Muñoz

Profesor de Historia y periodista, dibujante, gastrónomo, empresario del sector del ocio y algunas actividades más, todas ellas confesables, Bernardo Romero cuenta con una extensa obra literaria que está dando a conocer desde hace pocos años. Dos novelas y un libro de cuentos, además de la puesta en escena de algunas de sus piezas teatrales, han sido el inicio de la exposición pública de una oculta producción que continuará con un libro de cien micro-relatos de cien palabras justas cada uno, más al menos otras dos novelas ya corregidas, aunque hay más y sobre todo hay tiempo, que tampoco es menester apresurarse por nada ni tener prisa alguna, ni siquiera para morir. Por otro lado es reseñable apuntar que debido a su profesión ha visto publicada con anterioridad una veintena de libros al margen de la ficción, todos por encargo, los cuales van desde las biografías de actrices como Loles León o Kiti Mánver, hasta guías para el viajero y naturalistas, recetarios culinarios –entre ellos La Cocina de Huelva, el libro editado en Huelva más vendido con siete ediciones y cincuenta mil ejemplares-, catálogos de exposiciones que ha comisariado o libros de historietas. También ha escrito para otros, pero eso ya se acabó... o no, según cómo lo paguen, la verdad sea dicha.

Es bastante improbable que alguien se pueda acordar a estas alturas de la venta de Aquilino. Estaba a medio camino entre La Almolza y Bujaraloz, cerca del cruce con la carretera nacional. A cinco o seis kilómetros de ella, para la parte de levante, tenía mi cuñado Arsenio un huerto con una casa, y como a trescientos metros más allá, antes de llegar a la cuesta de Maneli, estaba el lindero con las abandonadas tierras del Zurdo, que había muerto veinte o quizás veinticinco años antes de esto que les voy a contar.

En esos que fueron campos de cultivo del Zurdo, ya baldíos, cubiertos de rastrojos y de olvido, había un pozo que me contaba Arsenio que nunca llegó a dar agua. El Zurdo se empeñó en perforar allí hasta que el polvo del yeso que se le pegaba al paladar y un fósil con forma de culebra que sacó de allí entre muchos otros, le convencieron de que no había nada que rascar. El pozo se terminó cegando con tierra, piedras y cascotes procedentes de la casilla vieja del Zurdo, que se vino abajo en un temporal y el Arsenio, que había cogido lo que pudo de allí para hacerse el cuarto de los aperos, se ocupó al mismo tiempo de tirar lo que no servía en el pozo, más que nada para evitar que ocurriera alguna desgracia, ya que nunca se llegó a levantar brocal en aquella inutilidad escondida entre las malas hierbas, que a saber cómo crecían por todos lados en semejante secarral.

Pues verán, en la venta de Aquilino paraba todos los últimos sábados de cada mes y a media mañana una furgoneta de la Guardia Civil, con dos números del benemérito cuerpo a bordo, que se encargaban de transportar y custodiar el dinero con el que se abonaban las nóminas de todo el personal que trabajaba en el embalse de Mequinenza, más el de los que estaban haciendo la carretera nueva, una autopista. Tengan ustedes en cuenta que les estoy hablando de cuando yo era todavía casi un chaval, Marisol andaba rumbo a Río

y Joselito dejaba de ser un ruiseñor para iniciar su descenso de las cumbres.

Por aquel entonces ayudaba en el huerto a mi cuñado Arsenio, que era unos años mayor y tenía una motillo marca Ducati flamante, con la que nos acercábamos todos los días a la venta de Aquilino cuando parábamos para el almuerzo, a eso de las once y media de la mañana. Esa, chispa más o menos, era la hora a la que los civiles paraban por la venta, ya que venían desde Zaragoza con lo de los jornales y hasta las doce no entregaban en la dirección de las obras el dineral que llevaban, bien guardado en unas sacas de lona verde con el fondo de madera y en la parte de atrás del furgón. En más de una ocasión, allí sentados en el porche de la venta, con nuestras fiambreras y dos cuartillos de vino del Somontano, aguado porque era muy fuerte decía Aquilino, nos entreteníamos echando cuentas, calculando lo que llevaban o dejaban de llevar los civiles en la trasera del Land Rover. Más de una vez estuvimos fantaseando, en voz baja como es natural, con lo que se podría hacer con un dineral como ese con el que soñábamos en millones de pesetas, rubias y hermosas como el sol.

Todos los sábados igual. Llegábamos nosotros en la Ducati, el Arsenio guiándola y yo detrás, casi montado en las angarillas de esparto que cogían parte del asiento trasero. Por lo general los guardias ya estaban allí, con el cafelito haciendo tiempo porque se les calentaba el motor del Land Rover. Habría que explicar a los más jóvenes que en aquellos años no había empresas de seguridad como ahora, sino que directamente eran los picoletos quienes escoltaban los dineros públicos, y que tampoco el respeto que se le tenía a la Guardia Civil era como el de ahora, entonces eran la autoridad, pero la autoridad de verdad y cualquiera se le subía a las barbas o al bigote a un número de la Benemérita. Por eso, la primera vez que Arsenio me dijo que el día menos pensado les abría la furgoneta y trincaba los petates con el parné, yo me eché a reír. Recuerdo que me dejé caer para atrás en la silla, aunque enseguida me puse serio, me eché para delante de nuevo y nos quedamos los dos muy callados. Sin hablar, pero pensando en lo mismo.

Los guardias, que siempre llegaban antes que nosotros, se metían para dentro de la venta, colocándose en una esquina de la barra y al final, de manera que tuvieran la furgoneta a la vista por un ventanuco medio tapado con dos tiestos de barro con geranios, pero que dejaban ver un paisaje calmo y casi plano. Los guardias iban a lo suyo, que era mayormente discutir con Aquilino del Real Madrid, de Paco Camino y del Cordobés, además de soñar los tres, la autoridad y el ventero, con la Conchita Bautista que estaba más buena que el pan pero nunca estaría con ellos sintiéndose feliz. Por este distraerse con el fútbol y los toros, el plan que pergeñó el Arsenio fue la mar de simple. Y resultó, no crean.

Se trataba de que mientras los civiles estaban con la pelota, los rechazos y la cantante, yo me metiera para dentro y fuera a pagarle los dos cuartillos de vino a Aquilino con un billete de cien duros. El caso era poner al ventero en la necesidad de hacerse el gracioso ante la autoridad, de que tuviera una ocurrencia y se demorara en darme el cambio. Por allí había poco movimiento humano, y ni en una mañana, ni en un día o en tres, Aquilino alcanzaba las quinientas pesetas de caja, por lo que tendría que meterse para dentro a buscar cuatro billetes de cien. En el entretanto procuraría ponerme en la vertical de los guardias con el ventanuco, ayudando a los geranios en el ocultamiento de la furgoneta y la maniobra del Arsenio. Así lo hice, colocándome a medio metro de los guardias, el trecho máximo que permitían en aquellos procelosos tiempos la costumbre, la jindama y el sentido común. Allí quedé, tapándoles la visual y echándole valor, aunque no tanto como mi cuñado, que se fue para la moto y al pasar junto a la furgoneta, con la mayor naturalidad del mundo abrió la puerta de atrás, trincó las sacas y las colocó en las angarillas de la Ducati, la arrancó, rodeó el vehículo de la Benemérita y se vino para la escalerilla de la entrada del porche con toda la cara del mundo, permitiendo que desde el interior se le viera a él, la rueda de adelante y el manillar de la motillo, nada más. Me esperó con el motor al ralentí mientras Aquilino salía de dentro con el cambio. Fue un minuto que a mí me pareció una eternidad. Cuando apareció tras la barra soltó otro chiste, ahora en relación a la boina de Zuloaga,

porque siendo vasco, como era el pintor morado, le quedaba más bien chica, decía.

Al fin pude recoger el cambio, dar una respetuosa cabezada ante la autoridad, que ni me miraron, y salir para el porche con más miedo que vergüenza. Los civiles siguieron a lo suyo, que era el cafelito y vigilar el vehículo por el ventanuco del final de la barra. Salí con las monedas en una mano y los billetes en la otra, temblando como un flan y a punto de tropezarme con la mecedora que a la salida del establecimiento recogía los aburrimientos de Aquilino cuando no había clientes, que era casi todo el tiempo y así estaba de gordo. Me monté en el asiento de atrás, rozando con el culo los amarres de las sacas que sobresalían un poco, me agarré con los puños cerrados al cuello de mi cuñado y en la primera curva tuvo que parar porque lo estaba asfixiando. Le di el dinero, las monedas y los cuatro billetes de cien, y ya libre pude agarrarme al tirador que cruza la mitad del asiento. Con la Ducati cantando alegre a escape libre, nos fuimos en dirección a Bujaraloz, pero a la siguiente curva nos desviamos para recortar camino por una vereda hasta lo del Zurdo.

Ustedes creerán que no, que es imposible que pudiéramos llegar a ejecutar un plan tan simple y suicida como ese, pero así fue y además lo hicimos a plena luz del día. Los dos solos, el Arsenio como el que no quiere la cosa y yo con más miedo que ojú, pero al fin y al cabo con mucha suerte en la ejecución, que eso tampoco lo vamos a negar. El resto ya se lo podrán ustedes imaginar, el dinero se fue directo al pozo ese que les contaba antes, el que nunca dio una gota de agua.

Metimos las sacas de los guardias en unos sacos de arpillera de los que teníamos para las papas, pero no me pregunten porqué si los petates los íbamos a enterrar, pero así lo hicimos. Encima les echamos piedras, escombros de las viejas cuadras y de la casa arruinada del Zurdo, más un poco de tierra y algunos rastrojos por la cosa del disimulo. No habían pasado ni tres horas cuando se presentó la Guardia Civil en el huerto, donde estábamos a punto de dar de mano después de haber echado la mañana con las sementeras de las cebollas y pinzando las calabazas que estaban preciosas de color,

hermosas y bien bonitas, también pasando más calor que todas las cosas porque ese verano fue tremendo.

Llegaron en dos vehículos, un seat 850 blanco y el Land Rover de todos los sábados. No dijeron ni esta boca es mía, se fueron derechos a la casa y nosotros empezamos con el teatro que teníamos hablado por si venían, dejando la labor en el huerto y dirigiéndonos a la casa con cara de extrañeza, como diciendo qué es lo que está pasando aquí, pero sin decir ni pío. Un guardia civil con el cetme cruzado a la altura del pecho nos cortó el paso en seco, pudiendo oír desde donde nos quedamos parados el ruido de lo que estaban haciendo en el interior de la vivienda. Al rato salieron los guardias que estaban adentro con el registro, nos miraron con cara de mala leche y se fueron para el cuarto de los aperos, y allí lo mismo. Luego se vinieron hacia nosotros, preguntaron que quién de los dos era Arsenio Domínguez y cuando mi cuñado dijo que él, le dieron dos hostias de campeonato. A mí ni me tocaron, simplemente me dieron un empujón cuando hice amago de intervenir y me tiraron al suelo. El mismo guardia que nos había impedido el paso a la casa me puso el cañón frío del cetme en la cabeza. Allí me quedé, tirado boca abajo y más quieto que un lagarto.

La media hora que estuvieron pegándole al Arsenio, que gritaba como un cerdo en una matanza y lo digo con todo el respeto del mundo porque siempre fuimos muy amigos, me pareció interminable. Luego se fueron y entonces me incorporé, fui para detrás del cuartillo, donde habían dejado a mi cuñado hecho un *ecce homo* porque le habían pegado hasta en el cielo de la boca, pero estaba feliz, con una sonrisa de oreja a oreja y un ojo cagado. Me miró con el otro, que no es que lo tuviera bueno, pero por lo menos lo podía abrir, escupió sangre para un lado y un diente para el otro, depositándolo sobre la temblorosa palma de su mano izquierda, que me mostró abierta con el sanguinolento diente en medio, como en señal de triunfo. Los guardias civiles regresarían al día siguiente y al otro, pero ya no le pegaron más al Arsenio ni a mí tampoco, que en honor a la verdad tengo que decir que salvo el empujón no me llegaron a tocar siquiera. Después ya solo vinieron otra vez a finales de agosto



o primeros de septiembre y el Arsenio tuvo que firmar un papel que le pusieron por delante pero que nunca supimos de qué iba.

Habíamos quedado en que por el pozo no nos íbamos a acercar ni para mear, y nos dimos un plazo de dos años y medio para coger el dinero y poder irnos para América, pero tampoco les podría decir por qué razón establecimos esos dos años y medio de plazo, ni mucho menos por lo de irnos a América en lugar de a Francia o a Alemania, que es lo que hacía todo el mundo por aquel entonces, aunque creo que debió ser por la cosa del idioma. El caso es que por allí no aparecimos más, ni por la venta ni por el huerto, que se quedó abandonado como las tierras del Zurdo. Mi cuñado Arsenio estaba harto de campo y yo, que no era propietario como él, pues ni les cuento. Nos fuimos a Barcelona.

El entró a trabajar en la Seat, que entonces estaba en el puerto, en la Zona Franca, y yo tuve que hacer la mili antes, pero nada más licenciarme me coloqué en la mina de Cardona, que ahora, cerrada como está, resulta que es más rentable que nunca. Lo que son las cosas, da más dinero enseñándosela a los turistas que extrayendo la potasa, que era lo que hacíamos antes.

Trabajábamos duro pero se ganaba bien, y teníamos libre además del domingo la tarde de los sábados. No faltaba una semana en que no fuéramos a la Barceloneta, a una casa de comidas a pie de playa que regentaba un andaluz y que llevaba su mujer, que era aragonesa como nosotros. Tenían paella y pescado frito que acompañábamos con tinto y sifón, porque el vino de allí no es tan bueno como el de aquí. También íbamos al cine y a bailar con dos compañeras de Arsenio en la Seat, una que era de Cáceres pero muy alta y rubia, que parecía extranjera, y otra de Almería, que recuerdo que le encantaban los chistes verdes. Casi siempre nos juntábamos en el Giovane, una discoteca que había en el Poble Nou donde iban los modernos de Barcelona, con los pelos largos, los collares y los pantalones acampanados. Cuando dijimos lo de volvernos a Sariñena o a Zaragoza porque habían pasado ya los dos años y medio, estábamos dejando de ir al Giovane porque la música era muy rápida para bailar y además la ponían muy alta.

Por el No-Do y las revistas de actualidad que hojeábamos en la barbería de Simón, estábamos al corriente de lo que pasaba por nuestra tierra, aparte de que la señora de la casa de comidas, la que estaba casada con el andaluz y se llamaba Rosalía, todos los domingos en cuanto llegábamos nos dejaba un par de ejemplares atrasados del Heraldo de Aragón para que los leyéramos mientras se hacía el arroz. Así que no nos cogió demasiado por sorpresa que uno del Teleclub de Sariñena, con el que de vez en cuando nos carteábamos porque era muy amigo de mi difunta hermana, la que dejó tan pronto viudo al Arsenio, nos escribiera contándonos que se necesitaba personal para los obras que se estaban haciendo en Zaragoza por todos lados. Como comprenderán, aquello a nosotros en ese momento y casi cumplidos los dos años y medio que nos habíamos dado de plazo para que todo se olvidara, nos venía de perlas.

Pedimos la cuenta, el Arsenio en la Seat y yo en Cardona, nos dieron el finiquito y nos compramos dos billetes para un autobús que hacía todo el viaje por la nueva autopista, sin parar en pueblo alguno. Los billetes eran sólo de ida aunque en realidad fueron de vuelta, para Zaragoza al fin. Ni mi cuñado ni servidor nos habíamos subido nunca a un autobús tan moderno, con los asientos reclinables, aire acondicionado y un excusado por si te entraban ganas de mear. En realidad el único viaje que habíamos hecho hasta entonces fue en tren, cuando nos fuimos para Barcelona, que tardamos casi un día en llegar porque se paró en una cuesta y nos hicieron bajar. Tuvo que venir una locomotora para remolcar a la otra, que no podía con su alma, y tuvimos que andar un trecho para volvernos a subir al tren en lo alto de la cuesta. Pero ahora fue todo lo contrario, estábamos medio adormilados porque el autobús había salido a las nueve de la noche y ya era de madrugada, cuando pasó el revisor avisando que estábamos llegando. Y todo siguió siendo muy rápido, porque a los tres o cuatro días ya estábamos los dos sin nada con lo que soñar pero con un contrato nuevo firmado y un mono, azul el Arsenio, que se colocó en lo del mantenimiento del hospital nuevo, y yo con uno verde, porque me coloqué en el mismo sitio, pero de jardinero. Casi cuarenta años estuvimos allí empleados, hasta que me jubilé, va a hacer ahora para septiembre siete años.

Arsenio se quedó viudo porque no terminó de arreglarse con ninguna chavala, y eso que oportunidades tuvo a la patada, pero yo me casé con una mujer más buena que el pan que todavía hoy me cuida como si fuera un niño chico, quizás porque chiquillos no tuvimos. Arsenio fue el padrino de bodas y me regaló la entrada para el adosado en el que ahora vivimos, en Miralbueno cerca del Carrefour.

El Arsenio murió como mi hermana la que por tan poco tiempo fue su mujer, de cosa mala. Pero creo que todo esto no les va a importar demasiado, de modo que terminaré con lo que parece un cuento, pero no lo es porque pasó, os lo juro por lo que más quiero, que es mi Fermina, mi mujer y mi compañera, mi santa esposa.

Sólo habían pasado dos años y medio, pero todo estaba muy cambiado. El huerto y la casa de Arsenio seguían en su sitio, pero se conoce que habían entrado allí porque habían encendido fuego en medio de la sala y las paredes estaban pintarrajeadas con cosas muy feas. Cogimos el camino de la cuesta de Maneli y nada más subir al alto donde están los tres aromos, nos dimos cuenta del pastel. Tampoco había que ser un genio para calcular donde estuvo el pozo medio cegado del Zurdo, más o menos en mitad de aquella autopista que atravesamos en medio de la oscuridad cuando regresamos de Barcelona. Una amplia autovía que ahora cruzaban veloces los coches para un lado y para otro delante de nuestras narices, de nuestros asombrados ojos.

Llegamos hasta una valla que daba a un carril de tierra, y al otro lado del camino vimos otra alambrada que separaba lo que se puede decir que es el campo de los arcenes de la autopista. Mirábamos para atrás, para la cuesta y los tres aromos, para situarnos, y por más que mirábamos para arriba y para abajo, todo estaba más claro que el agua. El pozo y los dineros deberían de estar allí, bajo el asfalto de los carriles que iban para un lado en un sentido, o de los que iban para el otro.

Regresamos en silencio y cogimos el camino de la venta de Aquilino, todavía visible aunque se veía que por allí no pasaban ya ni personas ni animales. La venta seguía en el mismo sitio, cerrada y abandonada junto a un área de servicio con gasolinera, restaurante y

hotel de carretera. Luego nos enteramos de que a Aquilino le habían dado un dineral por sus tierras y que se había ido a vivir a Málaga con una hija soltera que trabajaba en un almacén de coloniales. Tuvimos que saltar una gavia para entrar en el área de servicio y poder tomarnos un café en el restaurante, donde vendían trenzas de Almu-dévar, jaqueses, lacitos, tortas de Ayerbe y muchas cosas más.

Ya juntos no volvimos nunca más al pozo, o al lugar en el que hubo un pozo y ahora había una autopista por la que circulaban los coches como la humanidad misma anda ahora, con prisas. Por separado sí que fuimos alguna vez a comprobar que todo lo que nos había pasado era verdad y que la autopista estaba allí, con sus coches y con sus luces, con su área de servicio y con sus desvíos que te llevan para todos lados. Pero juntos ya nunca fuimos, ¿para qué?

Tampoco nos hemos podido quejar. Nos ha ido muy bien, encontramos todo esto muy cambiado pero mejor no nos ha podido ir en la vida. Hemos sido felices y lástima que mi cuñado se me fuera tan pronto, pero por lo demás, no nos podemos quejar. Qué quieren que les diga, el progreso es lo que tiene.